

EL ASALTO DE SAN SEBASTIAN (1813)

Según EL SUBALTERNO de G. R. Gleig

Por JOSE IGNACIO MUGICA BRUNET

Tengo en mis manos un ejemplar de la quinta edición del libro del título, editado en 1845 por William Blackwood and Sons., de Edimburgo y Londres, en que su autor G. R. Gleig describe su intervención, con el grado de subalterno, en las guerras napoleónicas, desde el asedio de San Sebastián en 1813, hasta el fin de la guerra en Bayona.

No sé cómo, ni cuándo entró este librito denso en la biblioteca familiar de los Brunet. Pudo haberlo comprado recientemente un familiar próximo en una librería de viejo, o haberlo adquirido un antepasado en su día.

Su autor, de origen escocés, recién nombrado subalterno, se une, con el grado de teniente, a los regimientos que embarcan en Dover con refuerzos humanos y, sobre todo, de munición, para desembarcar en Pasajes y ayudar al asedio de San Sebastián. Por el título que adorna al autor (Chaplain-general to the forces) sabemos que en algún momento abrazó el estado eclesiástico, seguramente en la Iglesia Anglicana, sin dejar su rango militar, hasta llegar a ese grado de general castrense. Esto probablemente ocurrió después de las acciones militares que en el libro se describen, puesto que no hay en él la menor referencia —y abundan al principio las personales— que permita inferir una relación militar eclesial. Lo que sí se nota en todo momento es que estamos ante un joven (17 años) sensible, cultivado, familiar y de práctica religiosa constante. Un buen burgués, que, si abandona a sus padres y hermanas, muy queridos, y entra en la carrera militar, es por un deseo doble: servir a la patria, y no quedarse enmohecido en un pueblecito inglés.

Explica G. R. Gleig que adquirió la costumbre de mantener su práctica de unos cuadernos diarios, mediante la estratagema de

llevar lápiz y papel constantemente y tomar un apunte rápido en el mismo momento del combate en que se interrumpía la acción. Con cuyas notas, a la hora del descanso, pasaba a limpio, al diario, las impresiones cotidianas, siendo ayudado en su labor por el hecho de que su capitán y amigo, Grey, también lo hacía. Explica también el prólogo que tuvo la suerte de no perder su colección de cuadernos diarios, gracias a los cuales pudo componer el libro en el año 1825, que empezó a aparecer en forma de artículos en la revista «Blackwood» y, en 1845, fue editado como libro. Antes de hacerlo, le envió un ejemplar al Duque de Wellington y en el prólogo recoge la aprobación del Duque, que le dice que todo lo escrito coincide fundamentalmente con su propio recuerdo de la guerra que él dirigió.

Creo que, por todas estas circunstancias, el libro es muy importante, al constituir un testimonio fidedigno de una de las partes protagonistas. Por ello me he atrevido a traducir, apresuradamente, las partes del relato que se refieren a San Sebastián. Lo he hecho sin cuidar estilos y formas, limitándome a procurar ser fiel al idioma original, incluso literal, para que el que me lea se percate del inglés decimonónico que usa su autor. Espero que la labor aporte un dato más. Observo que algunos historiadores locales —Berruero— citan este libro en su bibliografía, pese a lo cual no creo que sea muy conocido.

THE SUBALTERN

BY

G. R. GLEIG

CHAPLAIN-GENERAL TO THE FORCES

*"Little of this great world can I speak,
More than pertains to feats of broil and battle,
And therefore little shall I grace my cause
In speaking of myself."*

OTHELLO.

WILLIAM BLACKWOOD AND SONS
EDINBURGH AND LONDON

TEXTO TRADUCIDO

THE SUBALTERN BY G. R. GLEIG, CHAPLAIN-GENERAL OF THE FORCES,
EDIMBURG AND LONDON, W. BLACKWOOD AND SONS (1845)

[EL SUBALTERNO]

Pág. 17. El Lector no habrá olvidado que, tras la batalla de Vitoria, Sir Tomas Graham, a la cabeza de la quinta División del ejército británico, obtuvo una serie de pequeñas victorias sobre los cuerpos avanzados del ejército enemigo y finalmente llegó a los alcances de la ciudad de San Sebastián. El 17 de Julio, fue tomado al asalto el convento de San Bartolomé, construido sobre una de las lomas antes referidas y que había sido fortificado por los franceses con gran cuidado y diligencia. En esa misma noche, se empezó a romper la tierra con las trincheras. Las tropas trabajaban para defender sus vidas ya que, desde la ciudad disparaban luminarias azules y un fuego a discreción de gran puntería, lo que les hizo trabajar incesantemente para conseguir protección segura antes de romper el día. Como el terreno es arenoso se prestaba a la operación, así la primera paralela fue hecha en poco tiempo. Para el 21 las trincheras estaban terminadas y con sus baterías en las brechas. En esa misma mañana 40 piezas de artillería abrieron fuego sobre la plaza fuerte y tan incesante y eficaz fue su acción que, al atardecer, del 24, ya había una brecha en la muralla.

Como la brecha parecía practicable y Sir Tomas era consciente de que el avance de todo el ejército era demorado hasta que cayese esta importante plaza, decidió no perder tiempo en preparar el asalto. Así se dió la orden a las tropas de formar en las trincheras al anochecer, preparadas para comenzar el asalto en cuanto la marea permitiese cruzar el río. Esto ocurrió hacia las 2 de la madrugada del 25, en que la unidad de choque avanzó valientemente al ataque, pero bien sea porque la brecha no era suficientemente practicable, o porque el pánico cundió en la avanzadilla, el ataque fracasó totalmente. Un súbito grito de «retirada, retirada» surgió en el preciso momento en que la primera compañía había ganado la cima de la muralla; cundió rápidamente el grito por toda la columna en el preciso momento que unas casas que estaban pegantes al muro empezaron a arder, y todo fue confusión y desmayo. Los que estaban ya sobre la brecha se volvieron, chocando contra los que subían, que perdieron pie y muchos cayeron. El enemigo, envió una tremenda rociada de metralla, balerío y granadas, con todo lo cual

la columna rápidamente perdió orden y concierto. Empezó, más que una retirada, una fuga por todo lo alto, y suerte tuvo el que pudo volver a cruzar el Urumea y escapar de la destrucción al abrigo de las trincheras. Las pérdidas de la operación sumaron, por nuestra parte, cerca del millar de hombres, de los cuales, muchos que habían sido sólo heridos y quedaron dentro de la línea de pleamar, murieron ahogados al ser arrastrados por la siguiente marea.

Desde este momento del fracaso, hasta unos días después de nuestra llegada al país, no hubo más intentonas contra San Sebastián y los sitiados pudieron por ello reparar, en gran parte, los daños inferidos en sus fortificaciones. Las causas de la inactividad de los asaltantes fueron, en primer lugar, la falta de munición, cuyo suministro de Inglaterra era esperado desde tiempo atrás y que los vientos adversos habían demorado; y en segundo lugar, diversas manifestaciones del cuerpo principal del ejército francés de que preparaban una ofensiva para levantar el asedio. Mientras estos indicios progresaban, se consideró poco prudente desembarcar nuevas provisiones; incluso las pocas que habían llegado fueron retiradas. De aquí que cuando nuestros barcos pasaron junto a los muros del fuerte, la bandera tricolor ondeaba en el bastión.

Pág. 26. Las tiendas de los asaltantes estaban situadas en la línea de colinas más bajas, a unas dos millas y media de la ciudad. Estaban desde luego plantadas de forma que estuviesen lo más escondidas del enemigo, para lo cual la naturaleza desigual del terreno afortunadamente servía. En su mayoría estaban emplazadas en las huertas, recién aludidas y en los valles y hondonadas abundantes en el lugar. Desde las tiendas hasta la primera línea paralela se abrieron varios caminos cubiertos, o sea, caminos medio excavados, de forma que las tropas pudieran marchar en ellos sin exponerse al fuego del enemigo; y la propia paralela estaba excavada en el frente de las lomas. Aquí, o más bien, en las ruinas del Convento de San Bartolomé, estaba instalado el polvorín principal de pólvora, munición, utillaje y demás adminículos para el asedio; ahí también estaba estacionado el cuerpo principal de la guardia.

La primera paralela se extendía algo más allá de la ciudad en ambos lados y estaba enlazada con una segunda y ésta con la tercera, mediante cortes oblicuos a la fortificación adversa. En cambio no se había intentado ninguna obra de zapa. Por tanto, la tercera paralela terminaba la instalación de los asediadores y llevaba hasta unos pocos cientos de metros del pie de las murallas. En cada línea de trincheras se habían abierto baterías enmascaradas con pantalla de arena y tierra, que se iban llenando rápidamente de cañones.

No hay deber más fatigoso y desagradable para un soldado que un asedio. No es que le falten motivos de emoción, que, por el contrario, los hay a cada momento, sino que le atan totalmente a un punto, le rompen constantemente sus horas de descanso y queda expuesto tan permanentemente al peligro, sin ninguna posibilidad de honor y gloria, que no debe extrañar el asentimiento absoluto de odio que generalmente prevalece, al menos entre la tropa, hacia la guarnición que cumple con su deber patrio defendiendo el otro lado. En esta ocasión, encontré mucho este sentimiento en las brigadas extendidas frente a San Sebastián. No podían perdonar a la guarnición francesa, que ya llevaba seis semanas manteniéndoseles en jaque; y ardían de ganas de borrar la deshonra del primer rechazo; poca mención se hacía de dar cuartel al enemigo, cuando se hablaba del próximo asalto.

El Gobernador de San Sebastián evidentemente era hombre de gran energía y mucho talento militar. Todo lo que se podía hacer para retrasar el progreso del asedio, fue hecho. La brecha practicada antes del primer asalto, estaba casi rellena por completo y muchas obras adicionales habían sido levantadas y, lo que tal vez no esté estrictamente de acuerdo con las leyes más modernas de la guerra, habían sido construidas por los prisioneros británicos. Podíamos claramente distinguir a los pobres hombres, con sus uniformes completos, afanándose en la tarea, gracias a ello hubo que permitir la reconstrucción, sin dirigir un sólo disparo. Y no fue esto solo: noche tras noche, hacían pequeñas salidas de contra-ataque con el único propósito aparente de perturbar el sueño y agotar los ánimos de los sitiadores, ya que la partida de ataque nunca sobrepasaba la primera línea y era siempre rechazada por los de guardia y la reserva.

En los últimos días, el ejército de asedio se había dedicado arduamente a traer la nueva provisión y a colocar en batería uno de los más soberbios trenes de artillería que jamás general británico haya tenido a su mando. En la tarde del 26 se terminó el trabajo. No menos de 60 piezas de artillería, varias del calibre 64, ninguna de menos del 18, estaban apuntando a la ciudad; más veinte morteros de distintos calibres, preparados para diseminar la muerte entre los defensores, con buenas probabilidades de reducir el lugar a un montón de ruinas.

Terminados los preparativos, pareció prudente, antes de abrir fuego, privarle al enemigo del pequeño reducto sobre la isla de la bahía que hasta cierto punto enfilaba nuestras trincheras. Para ello, se asignó un destacamento de 100 hombres, un capitán y dos subalternos (tenientes) que salieron al amparo de la noche, embarcando en los botes de los navíos. A los soldados se unieron marineros y soldados de marina, bajo el mando de un oficial naval. Al

socaire de la oscuridad consiguieron desembarcar, y se lanzaron enseguida al ataque. El enemigo fue cogido por sorpresa, muy pocos tiros sonaron de cada lado y, en el espacio de cinco minutos, el pequeño fuerte, con sus cuatro cañones y su guarnición, cayó sin derramamiento de sangre, en las manos de los asaltantes.

Tan pequeña fue la resistencia francesa, que no llegó a despertar a la tropa dormida en campamento. Por eso, la noche del 26 fue tranquila, pero en cuanto amaneció el 27, las cosas tomaron otro cariz. Poco antes del despuntar el día una granada fue disparada desde arriba sobre la derecha de la ciudad, como señal a las baterías, entonces empezó un terrible cañoneo. La primera salva fue una de las mejores de que jamás ha sido testigo. Sin molestarse en quitar la ligera pantalla de arena y tierra que enmascaraba a las baterías, los artilleros apuntando sus cañones por la observación a través de unas pequeñas aperturas hechas al efecto, abrieron fuego a la señal, con lo que los propios cañones despejaron el camino para los siguientes disparos, que no tardaron en producirse. Los servidores de los cañones eran tan rápidos en sus movimientos y su fuego tan constante durante las horas de luz del 27, 28, 29 y 30, que, al atardecer del último día, no sólo se había vuelto a abrir la brecha primera, sino que aparecía otra brecha aún más prometedora.

Mientras tanto, el enemigo no había sido remiso en sus intentos de silenciar el fuego de los asediantes y desmontar sus cañones. En efecto, habían usado su artillería con tanta intensidad que casi todos los cañones que se hallaron en la plaza tras su captura estaban fuera de servicio, algunos tenían el fogón fundido, otros con otras averías, provocadas por un uso excesivo. Pero esta vez lucharon bajo las mayores desventajas, porque no sólo nuestra artillería era mucho mejor que la suya, sino además nuestras líneas más avanzadas estaban llenas de soldados que mantuvieron un fuego incesante y mortífero de mosquete sobre las troneras. La consecuencia fue que el fuego devuelto desde la ciudad era más débil por horas, hasta que se limitó a la descarga de un sólo mortero disparando detrás de la muralla.

He dicho que para la noche del 30 la vieja brecha estaba reducida a su anterior estado de ruina y otra nueva y mayor se había abierto. Se hace necesario describir con más precisión que lo que he hecho hasta ahora, el estado de esas brechas.

El punto elegido por Sir Tomás Graham como el más expuesto y que ofrecía el mejor blanco para su artillería, era en el lado de la ciudad que mira al río. Aquí no había foso ni glacis, las aguas del Urumea fluían tan cerca del pie del muro como para hacer inútil al primero e impracticable el segundo. Por tanto, allí estaba desnudo el muro en su totalidad para el fuego de nuestras baterías

y como se alzaba a una altura considerable, tal vez 20 a 30 pies sobre el llano, había buenas probabilidades de que pronto cediese al impacto de nuestro cañoneo. Pero la consistencia de ese muro se escapa a la imaginación de quien no lo haya visto. Parecía, en efecto, como si estuviese hecho de una sola roca, de ahí que la brecha que, vista de fuera, parecía grande y de fácil ascenso, demostró ser, cuando la atacamos, solamente un desmoronamiento de la cara exterior de su fábrica. Y ésto no era todo: el muro no se rompía en pequeños fragmentos, fáciles de salvar a quienes ascendiesen, sino en grandes moles que, rodando como por un precipio, sirvieron para obstaculizar el avance de nuestra columna, tan eficazmente como si se hubiesen quedado sin desprenderse de su sitio. Las dos brechas estaban separadas alrededor de un tiro de piedra. Ambas estaban protegidas por los cañones del castillo y flanqueadas por los haluartes salientes de la muralla. Sin embargo éste era el camino que nuestras tropas debían tomar, en cualquier intento de tomar la plaza por asalto.

Todos en el campamento comprendíamos claramente que el intento se haría y al día siguiente. La bajamar estaba anunciada hacia el mediodía, por lo que el mediodía fue fijado como hora del ataque y naturalmente todas las conversaciones giraron acerca de quién estaría vivo mañana y quién no. Mientras estas especulaciones lógicamente ocupaban las mentes de la mayoría de la tropa, unos cuantos audaces se empleaban en maquinando medios para el avance y éxito del asalto en ciernes. Destaca el caso del comandante Snodgrass, oficial del regimiento británico 52, pero en la ocasión al mando de un batallón portugués. Hasta entonces sólo se había localizado un vado, que, además, estaba a cierta distancia de ambas brechas. Tras examinar cuidadosamente la corriente con su telescopio y a distancia, el mayor Snodgrass concibió la idea de que tenía que haber algún otro vado, mucho más cercano que el conocido y que condujese al pie de la brecha pequeña. Tan poseído estaba de su idea que dedicó toda la noche del 30 a una investigación personal del río. Descubrió como lo esperaba, que el río era vadeable en bajamar, justo enfrente de la brecha menor, ya que lo cruzó personalmente, con el agua justo sobre la cintura. Y no se contentó de comprobar el dato, sino que trepó por la brecha a medianoche, ganó la cima y se puso a observar la ciudad desde el alto del muro. No sé cómo pudo eludir la vigilancia de los centinelas franceses, pero el hecho de haberlos eludido y conseguido éxito en su valiente iniciativa fue tema conocido en todo el campamento.

Así pasó la noche del 30, un intervalo cargado de ansiedad para muchos y de emoción para todos. Muchos hicieron testamento, a la manera de los soldados, antes de la mañana. Alrededor de una hora antes de amanecer las tropas estaban, como de costum-

bre, formadas. Entonces se dieron las órdenes finales para el asalto. La división entraría en las trincheras a las 10, en lo que se llama orden ligera de marcha —o sea, sin mochilas, mantas, etc.— y llevando solamente armas y municiones; con orden al pelotón de asalto de avanzar en cuanto la marea bajase lo suficiente para permitir cruzar el río. Esta orden fue asignada a varios destacamentos de voluntarios procedentes de las diversas divisiones del cuerpo principal del ejército, que se unieron al asalto de la plaza fuerte. A continuación, seguían el primer regimiento de infantería, el 4.º, el 9.º y el 47.º mientras que varios cuerpos portugueses quedaban en reserva en retaguardia, para actuar, según el caso, en apoyo o para cubrir a las brigadas asaltantes. Esas eran las órdenes dadas al amanecer del 30 de Agosto y sus destinatarios se prepararon con buen ánimo a cumplirlas.

Un hecho curioso fue que la mañana del 31 despertó oscura y triste, como si los elementos se hubiesen dado cuenta de la batalla inminente y hubiesen decidido ponerse a tono con la situación. Un calor tremendo y opresivo invadía al aire, mientras que nubes bajas y negras cubrieron el cielo, tapando totalmente el sol y parando todo rayo de sol desde la mañana a la noche; una quietud no natural invadía también la atmósfera, los pájaros callaban en los árboles, hasta los perros y los caballos del campamento, y el ganado en las laderas próximas estaban anormalmente quietos. Más aún, a medida que pasaba el día y se acercaba la hora del ataque, las nubes se concentraron en una masa negra justo sobre la ciudad y en el mismo instante en que las tropas rompieron la marcha desde las trincheras, rompió la tormenta, pero fue relativamente suave en su descarga. Algún relámpago que otro, sucedido por la tronada, fue todo lo que sentimos, aunque suficiente para distraer algo la atención respecto a nuestro inmediato deber.

El pelotón de asalto tomó posición a la entrada de la trinchera más adelantada, hacia las diez y media. La marea que había empezado a bajar hacía tiempo, ahora bajaba rápidamente y los valientes la seguían con la mirada con febril ansiedad, como puede imaginarse el que haya pasado por similar situación. Hasta entonces y desde el comienzo de la presente guerra, ninguna ciudad había sido asaltada de día, ni, por tanto, habían tenido nunca los asaltantes ocasión de observar al detalle los preparativos que el enemigo realizaba para recibirles.

Era, por tanto, una cosa curiosa, pero nueva, el ver a los cañones del enemigo girar sus bocas en dirección al flanco de las brechas, mientras se podían ver las bayonetas y de vez en cuando los gorros y plumas, que denotaban la formación de una línea de infantería bajo los parapetos. Como prueba final de la preparación total del enemigo, se podrían ver oficiales, aquí y allá, apo-

yando sus telescopios, sobre el borde superior de la muralla o en las troneras, vigilando con atención nuestras disposiciones.

Tampoco estaban ociosos nuestros oficiales, especialmente los de ingenieros. Con admirable frialdad se exponían personalmente al fuego de mosquetes, que a intervalos descargaba el enemigo, para examinar y volver a examinar el estado de las brechas —hecho que le costó la vida a uno de los soldados más valientes y experimentados de aquel cuerpo—. Me refiero a Sir Ricardo Fletcher, ingeniero Jefe del ejército, que recibió un tiro en la cabeza minutos antes de que la columna se lanzase al asalto.

Es difícil transmitir al lector común, algo parecido al estado de ánimo que toma posesión del hombre que espera el comienzo de la batalla. En primer lugar, el tiempo parece transcurrir bajo alas de plomo; cada minuto parece una hora; cada hora, un día; luego, hay una extraña mezcla de frivolidad y seriedad dentro de sí mismo, frivolidad que le mueve a reír, sin saber de qué, seriedad que le urge, de cuando en cuando, a alzar una oración silenciosa al Supremo Hacedor. En estas ocasiones, apenas se habla. Los soldados rasos se apoyan en sus mosquetes, los oficiales en sus sables, y las pocas palabras que se cruzan, contestando alguna pregunta, son monosílabos. En estas ocasiones las caras de los valientes cambian de color y las piernas de los más decididos tiemblan, no de miedo, sino de ansiedad mientras miran sus relojes hasta cansarse de hacerlo. En general es una situación de más emoción y sentimientos más profundos y negros que en cualquier otra ocasión de la vida. No puede presumir de haber sentido todo lo que el hombre es capaz de sentir, quien no haya pasado por la experiencia.

Recién pasado el mediodía, la bajamar mostró que el río era vadeable y la orden de avanzar fue dada. Silenciosa como una tumba, la columna echó a andar. En un instante las filas delanteras vaciaron las trincheras y otros las llenaron en rápida sucesión, cuando empezó la muerte su obra. El enemigo esperó a que la cabeza de la columna llegase a la mitad de la corriente para abrir fuego con efectos mortíferos. Metralla, ráfagas, granadas, bombas, mosquetería, todos los proyectiles inventados por el genio militar fueron disparados de las fortificaciones, bajo el cual, nuestros valientes caían como el maíz ante el segador. En espacio de un par de minutos, el río estaba estrangulado por los cuerpos de los muertos y los heridos, sobre los cuales, sin pararse, las divisiones pasaron en su avance.

La ribera opuesta fue pronto ganada, así como el corto espacio entre el lugar de cruce y el pie de la brecha, sin un sólo disparo de los atacantes. Pero aquí les esperaba una alarmante perspectiva. En vez de una apertura ancha y suficientemente baja, la brecha,

presentaba el aspecto de un muro a medio hacer, que se proyectaba bastante de la perpendicular en saliente, cuyo ascenso, incluso sin oposición no hubiese sido fácil tarea. Pero era tarde para detenerse, además la sangre de la tropa estaba caliente y su valor en fuego, de modo que tiraron adelante, trepando lo mejor que pudieron e impidiéndose uno a otro la caída, por el empuje de las filas de atrás en seguir a los de delante. Gritos y gemidos se mezclaban con el tronar de los cañones y el repiqueteo de la fusilería. Nuestra avanzada también tuvo ocasión de ir disparando y la matanza en ambos lados era terrible.

Al fin la cabeza de la columna forzó el acceso a lo alto de la brecha, donde encontró la valiente oposición de la guardición a la bayoneta. Cuando digo la cima de la brecha, no quiero significar que nuestros soldados estaban a nivel con sus enemigos, lo que no era el caso. Había entre ambos un alto escalón de dos o tres pies en perpendicular, que los asaltantes debían sobreponer antes de ponerse cara a cara con la guarnición y pasó un considerable espacio de tiempo hasta conseguirlo. Porque aquí era bayoneta contra bayoneta y sable contra sable, en lucha desesperada cuerpo a cuerpo, sin que un contrincante pudiese avanzar un paso, ni el otro consiguiese echarle para atrás.

Así continuaron las cosas durante un cuarto de hora, hasta que el Mayor Snodgrass, a la cabeza del regimiento portugués núm. 13, se lanzó a cruzar el río por el vado que había descubierto y fue a la brecha menor. El ataque se condujo con fría determinación, pero también aquí se enfrentaron a obstáculos casi insalvables. Es muy probable que la plaza no hubiese podido ser tomada, si no hubiese sido por la adopción de un procedimiento nunca intentado en la guerra moderna. El general al mando ordenó a la artillería de nuestras propias baterías disparar por encima de las brechas. Nada podía sobrepasar la belleza y exactitud de dicha práctica. Aunque los proyectiles pasaban a dos pies de las cabezas de los soldados británicos más cercanos al enemigo, no ocurrió accidente alguno, mientras el efecto letal del fuego hizo mella en los franceses.

El cañoneo había empezado hacía pocos minutos cuando una repentina explosión tuvo lugar, tal que ahogó todo otro ruido y aparentemente desconcertó por unos momentos a los combatientes de ambos bandos. Una granada explosiva de uno de nuestros morteros había explotado cerca de su tren, que comunicaba con un depósito de pólvora situado bajo la brecha. Los franceses habían minado ese lugar para hacerlo explotar en cuanto nuestras tropas hubiesen dominado la coronación, pero el afortunado accidente referido lo anticipó. Explotó estando sobre él trescientos granaderos, la élite de la guarnición y, en lugar de mandar a la eterni-

dad a nuestra avanzada, consiguió limpiarles el camino. Aquella explosión fue un espectáculo tan sobrecogedor como magnífico. Su ruido fue el mayor que yo había oído hasta entonces y después en mi vida. Un relámpago brillante seguido instantáneamente de un humo tan denso que oscureció toda visión; produciendo, a quienes fuimos testigos, una impresión, que no hay palabras para describir. Tal fue su efecto, que tal vez durante medio minuto no se disparó un solo tiro de una y otra parte. Ambos contendientes quedaron quietos mirando el estrago que había producido, ni un suspiro se oyó en muchos metros.

Este estado de estupefacción, sin embargo, no duró mucho en las tropas británicas. A medida que el humo y el polvo de las ruinas se fueron disipando, descubrieron frente a ellos un espacio libre de defensores e inmediatamente se lanzaron a ocuparlo. Con un griterío ensordecedor las tropas se lanzaron sobre el parapeto en ruinas y se hicieron con la muralla. Entonces empezaron todas esas escenas de locura, que sólo se ven en un asalto con éxito: de fuga y matanza, partidas que se reúnen, sólo para ser rotas y disueltas; hasta que finalmente, habiendo limpiado la fortificación a izquierda y derecha, los soldados se derramaron sobre la ciudad.

Para alcanzar las calles, nuestros hombres tenían que saltar cerca de quince pies o ir a través de las casas en llamas pegantes al muro. Se hicieron ambas cosas, según los diferentes grupos seguían por el enemigo en fuga. En las calles se renovó la batalla. Los franceses lucharon con desesperado valor; hubo que echarles literalmente de casa en casa y de calle en calle, durando su oposición hasta última hora de la tarde. Entonces el Gobernador con poco más de mil hombres se retiró al Castillo, mientras un destacamento, de tal vez doscientos, se encerró en un convento.

En cuanto la lucha empezó a disolverse, los horrores del saqueo y la rapiña le sucedieron. Afortunadamente había pocas mujeres en la plaza, pero incluso hoy no puedo recordar su suerte sino con estremecimiento. Las casas fueron saqueadas, el mobiliario roto sin motivo, las iglesias profanadas, las imágenes rotas en pedazos, las bodegas de vino y licores fueron abiertas a golpes, y las tropas, calientes con pasiones de odio, se volvieron totalmente locas de embriaguez. Todo orden y disciplina fueron abandonados. Los oficiales no tuvieron el menor control sobre sus hombres, quienes, por el contrario, controlaron a los oficiales. No es nada improbable lo de que varios de éstos cayeron a manos de aquéllos cuando intentaban hacerles volver a la subordinación.

La noche se había echado, pero la oscuridad era dispersada por el resplandor de las casas que ardían, ya que, una tras otra, tomaron fuego. La mañana del 31 había amanecido sobre un San Sebastián tan limpio y regularmente construido como la mejor

de España; mucho antes de medianoche era una sola sábana de llamas y para el mediodía del día siguiente, poco quedaba excepto cenizas humeantes. Como las casas eran altas, como las de la parte vieja de Edimburgo, y las calles rectas y estrechas, el fuego voló de una a otra con extraordinaria rapidez. Al principio se hizo alguna intenciona de apagarlo, pero pronto se demostró su inutilidad; quedando como único objetivo cómo escapar personalmente de su violencia. Muchas mudanzas se hicieron de casa a casa, hasta que, al fin, no hubo casas suficientes para albergar a todos y las calles se convirtieron en el dormitorio de la mayoría.

El espectáculo que ofrecía era espantoso. Una fuerte luz procedente de las casas en llamas iluminaba montones de muertos, agonizantes y borrachos, amontonados indiscriminadamente juntos. Alfombras, tapicerías buenas, camas, cortinas, ropas, todo lo que tiene valor en la vida corriente, estaban diseminadas sobre el pavimento ensangrentado, mientras que desde las ventanas nuevos objetos eran constantemente arrojados, a veces con daño para quienes estaban debajo. Aquí se veía a un borracho volteando una ristra de relojes sobre su cabeza, y estrellándolos contra la pared; allí, otro, más conservador, se llenaba el colco con los objetos pequeños de más valor. A continuación venía un grupo rodando una barrica de vino o licor entre aclamaciones que al instante era destapada y en un increíblemente corto espacio de tiempo, bebida hasta vaciarla. El incesante zumbido de las conversaciones, las risas ocasionales, los gritos salvajes de la borrachera, los lloros, los quejidos de los heridos, el permanente rugido de las llamas, producían juntos un concierto, que quien lo ha oído, nunca lo podrá olvidar.

De los diversos ruidos, la mayoría se fue apagando a medida que avanzaba la noche y antes del alba el silencio era sobrecogedor. El sueño se había impuesto a la embriaguez en el grueso del ejército. De los pobres desdichados que gemían y chillaban tres horas antes, muchos habían expirado. El mismo fuego casi se había consumido a sí mismo al no quedar combustibles que lo alimentaran. Por ello, nada se oía ya, excepto algún gemido sordo que apenas se destacaba de los ronquidos de los dormidos, e incluso este ruido se terminó.

Pág. 40. Antes he explicado que la mañana del 31 despertó oscura y triste y que, en el momento que los asaltantes empezaron a llenar las trincheras, estalló una tormenta. Continuó aumentando su violencia y poderío a cada momento, de modo que, cuando nuestra avanzada se lanzó, cogió lo peor de una de las más fuertes tormentas y tronadas que he presenciado. Tampoco fue ésta la única agravante a los terrores de aquel día memorable. El Mariscal Soult,

consciente de la importancia de San Sebastián y lleno de la confianza que otorga un mando tardío, hizo un desesperado esfuerzo el día 31 para levantar el asedio. A la cabeza de una columna de 13.000 de infantería, cruzó el Bidasoa, cerca de Irún y atacó con gran decisión los altos de San Marcial. Estaban defendidos solamente por tropas españolas que casi inmediatamente se batieron en retirada hacia lo alto de los montes, pero aquí, se les unieron una o dos brigadas de soldados británicos, y volvieron a enfrentarse juntos al enemigo con mucha valentía. De aquí, que sucediera que, mientras una división del ejército estaba en duro combate de asalto a San Sebastián, las divisiones del frente estaban en desesperada lucha con las tropas del Mariscal Soult; y todo ello bajo unos cielos tonantes y una lluvia torrencial. En una palabra, fue un día para que no lo olvidasen, quienes de él fueron testigos, un día que yo, al menos, nunca olvidaré.

Es imposible describir con fidelidad el aspecto que presentaba San Sebastián, al amanecer el 1 de Septiembre cuando la luz hizo visible todo. Las calles que habían estado cubiertas con vivos y muertos, quedaron solamente ocupadas por los últimos, que eran tan numerosos como para no comprender cómo habían tenido sitio los que durmieron. Las tropas no volvieron, con la luz del día, a su usual estado de disciplina. Habiendo recuperado fuerzas con el sueño y en posesión de sus sentidos, se aplicaron con mayor diligencia que nunca, al negocio de la rapiña. Pocas casas quedaban en pie que no estuviesen en estado de ruina, pero incluso las ruinas eran exploradas con la mayor atención saqueadora, no tanto en búsqueda de joyas u objetos de valor, como de vinos y licores. Desgraciadamente se descubrieron muchas bodegas que, en la confusión y apresuramiento de la noche, habían escapado a su detección. La consecuencia fue que, en espacio de pocas horas, otra vez preveía la embriaguez a través del ejército.

De San Sebastián y lo que sucedió allí, ya no puedo decir más por observaciones personales, al haberme asignado al frente, pero puedo añadir que el castillo aguantó hasta el 8 de Septiembre. Como descubrimos luego, estaba totalmente desprovisto de protección contra las granadas que se disparaban intermitentemente contra él. De ahí que, tras sufrir los peores sufrimientos durante toda una semana, el Gobernador, tuvo por fin que rendirse. Unos 900 hombres, resto de una guarnición de 4.000, pasaron así a ser prisioneros de guerra y los prisioneros británicos que quedaban en sus manos fueron liberados. Pero el lugar carecía totalmente de valor, ya que estaba en la más completa ruina.

Pág. 56. He referido ya que la ciudadela, tras aguantar las penalidades del bombardeo durante una semana, finalmente se rindió el 8 de Septiembre. Ahora estábamos a día 15 y yo, con

otros dos o tres, nos dirigimos a caballo a la ciudad, por el deseo de examinar el estado de una plaza que se nos había opuesto tan largamente y con tanto vigor.

El lector puede fácilmente comprender que un hombre que ha pasado los mayores años de su vida entre escenas de violencia y derramamiento de sangre, debe haber sido testigo de muchos espectáculos repulsivos respecto a los sentimientos más delicados de nuestra naturaleza. Pero yo ciertamente nunca ha visto un cuadro de lo que deja la guerra, una guerra en sus colores más espantosos, como el que presentaba San Sebastián. Mientras un ejército está estacionado en un lugar, uno es totalmente inconsciente del trabajo de devastación que está teniendo lugar —sólo se ve el apremio y el fausto de las operaciones hostiles—, pero cuando la marea ha pasado y uno vuelve al lugar donde ha barrido, el efecto mental es inimaginable para quién no lo haya experimentado. Poco más de una semana había pasado desde que la división empleada en el asedio a San Sebastián se trasladó al frente. Las trincheras no habían sido rellenas aún, ni derribadas las baterías, aunque aquéllas, se estaban empezando a desmoronar por sí mismas. Las pasamos sin más. Era imposible no comparar el perfecto silencio, tal vez más pavoroso que el remolino y la barahunda anteriores. El convento arruinado, las pocas villas cercanas, sin techos, puertas, ni ventanas y perforados por los cañonazos, nos inspiraron, ahora desiertos, una sensación de tristeza. Pero éstas eran meras bagatelas —nada— comparadas con los sentimientos que inspiraba la vista de la ciudad.

Mientras nos acercábamos a San Sebastián por el camino principal y la entrada normal, lo primero que nos sorprendió fue el poco daño causado a las fortificaciones por el fuego de nuestras baterías. Los muros y baluartes parecían totalmente indemnes, incluso las troneras mantenían su línea. Pero la ilusión se fue desvaneciéndose hasta desaparecer totalmente para cuando llegamos al glacis. El puente levadizo estaba tirado en el foso haciendo peligroso el paso. Las puertas estaban arrancadas y en el suelo una, otra tumbada contra la pared; nuestros propios pasos, al atravesar la arcada de la entrada, resonaban melancólicamente.

Habiéndolo cruzado, nos encontramos al comienzo de lo que había sido la calle principal de la ciudad. Sin duda fue, en su día, recta y bien trazada, pero de las casas sólo quedaban los cascarrones de fuera, en lo que, parecía, pese a todo, una altura y estilo arquitectónico uniformes. Por lo que pude juzgar, levantaban 5 plantas desde el suelo y las fachadas eran de mampostería, pero tan ennegrecidas y sucias que eran difícilmente reconocibles, la calle estaba abarrotada de escombros y ruinas, entre los que había restos

de muebles y ropas mezclados con gorros, utensilios militares, bolas de cañón, trozos de granadas y todos los objetos del combate. Tampoco faltaban las otras pruebas del drama ocurrido, en forma de cadáveres en putrefacción que infectaban el aire con el olor más pútrido. En cambio no se veía criatura viva, ni siquiera perros o gatos. Atravesamos la ciudad entera sin cruzarnos con más de media docena de seres humanos. Por su atuendo y su aspecto abatido, pensé que eran habitantes sobrevivientes. Se les veía destrozados, obnubilados, yendo de aquí para allá, hurgando entre ruinas como si buscasen los cuerpos de parientes muertos o esperasen encontrar algún resto de su propiedad. Noté que dos o tres de entre ellos llevaban bolsas en las que echaban algún pequeño objeto de cobre o hierro que descubrían.

Desde las calles —las cuales eran muy similares en todo a la primera— fuimos a la playa, en que un espectáculo horroroso nos esperaba. La encontramos cubierta, materialmente cubierta, con fragmentos de cadáveres, que evidentemente no habían intentado sepultar. Luego supe que los soldados españoles a los que encomendaron la tarea, en vez de enterrar, intentaron quemar los cadáveres, de aquí los miembros y troncos, medio consumidos, diseminados por el lugar, cuyos efluvios eran irresistibles, innimaginables. De buen grado abandonamos esa parte de la ciudad y nos apresuramos hacia el Castillo.

Nuestra visita pronto nos convenció de nuestra equivocación en la idea que nos habíamos formado de una gran fortaleza. Las paredes eran tan débiles, que sin alcanzarles las balas, el retroceso de sus propios cañones les había abierto brechas de arriba a abajo. Toda la artillería se componía de unas 20 piezas de grueso calibre y un par de morteros. No había una sola construcción a prueba de cañonazos excepto la casa del gobernador. Una ancha tahona excavada en la roca había quedado indemne, pero los cuarteles estaban completamente perforados, y en ruinas. Esa guarnición debió sufrir terriblemente durante la semana de bombardeo, todo en los lugares daba fe de ello. Había numerosos hoyos excavados en el suelo y cubiertos con losas, hechos, sin duda, por los soldados para entrar en ellos arrastras para guarnecerse, pero ni podían servir de refugio, ni eran suficientes en número.

Entre otras cosas, entramos en lo que, había sido el hospital. Una larga habitación con, tal vez, veinte camastros cubiertos con colchones de paja, en su mayoría teñidos de sangre. Sólo uno tenía ocupante. Nos acercamos y levantando una tela ordinaria que lo

cubría vimos el cuerpo de un joven de no más de 17 años. Tenía la marca de un tiro de mosquete que le atravesaba el pecho, pero estaba tan apacible, había sufrido tan poco deterioro, que llegamos a pensar que lo abandonábamos a la muerte. Espero que nos equivocáramos. Le cubrimos de nuevo y abandonamos el lugar.

G. R. GLEIG. General Capellán Castrense

(Trad.: José Ignacio Múgica Brunet).

